

EL PRESO POR AMOR,

Ó

EL REAL ENCUENTRO.

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS.

SU AUTOR DON ANTONIO VALLADARES DE SOTOMAYOR.

ACTORES.

Don Leandro de Guzman, Teniente.
El Conde de Cerro.
Don Placido, Capitan de uno de los
Quarteles de Inválidos.
El Marqués del Roble, Padre de Don
Leandro.
Un Oficial.
Anciceto, Padre de...

Feustina.
Doña Rosa, Hermana del Conde.
Valerio, Criado de Don Leandro.
Andrés, Criado del Marqués.
Un Sargento.
Un Criado de Don Placido.
Soldados.

La Escena se representa en uno de los Quarteles de Inválidos de Madrid.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa una Sala sin adorno, que dá paso á una prision, cuya puerta estará á la izquierda con grueso cerrojo y llave natural. En medio del fondo otra puerta grande que es la entrada á la habitacion de F. Placido. Esta puerta será de dos ojias grandes con vidrieras para manifestar el interior de una Sala adornada con primor, teniendo á la vista dos grandes Cornucopias con velas, que se encendrán á su tiempo. A la derecha estará la puerta de la entrada principal. Algunas sillas repartidas sin orden, ocuparán el centro.

Delante de la puerta de la prision se paseará lentamente un Centinela con su arma al hombro. Salen quatro Soldados con las suyas del mismo modo por la puerta de la derecha, dirigidos por el Sargento, que traerá su fusil terciado. Se dirigirá este con uno de aquellos al Centinela para mudarle. Los tres quedarán formados en el fondo de la Escena.

Sarg. Centinela, dé Vmd. la orden al que ha de ocuparsu puesto. Da el que sale al que entra de centinela la orden, que debe observar con las armas presentadas.

¿Queda usted bien enterado de la orden? Pues el preso está á su cargo. Ojo alerta.

Nuestro Capitan, bien presto saldrá de su quarto. Vamos. *Vanse.* El Centinela se paseará, pero viendo salir por la puerta del fondo á D. Placido acabando de ponerse el espadín, trayendole un criado el sombrero y baston, quedará plantado á su frente.

Plac. Las diez.... Si el Conde del Cerro

á verme viniese, dile (*mira el reloj*).
le buscaré en concluyendo

Toma sombrero y baston.

cierta diligencia, que
me ha encargado nuestro preso,
y mi amigo Don Leandro,
por quien hablado le tengo.

Criad. Bien está, Señor. *Vase.*

Plac. Dios quiera
que se cumplan mis deseos!
Caminando a la puerta de la derecha.
En favor de la amistad.
lo emprenderé todo... Pero...

Se detiene, reflexiona y vuelve á la Escena.

¿deberé salir de casa
sin dar antes un consuelo
á Leandro con mi vista?

No es fácil. Sacad el preso.

Le dá la llave de la prision.

*Corre el Centinela el cerrojo, y al ir á
abrir la llave, se oye ruido de pasos vio-
lentos por la parte interior de la puerta
principal, y se detiene.*

Peró esperad. Este ruido
¿de que será?

Dentro Sargento. Deteneos,

Señora... Aguardad, Paysano.

Faustina dentro. Por piedad Sr. Sargento.
Con voz triste.

Plac. Esta es muger alligida.

Dejad que entren.

*Después del medio verso que sigue, que
dirá dentro Faustina, sale precipitadamen-
te, caída la mantilla sobre los hom-
bros, y con las mayores demostraciones de
sobresalto, se arroja llorando á los pies
de Don Placido.*

Faust. Justos Cielos,
dadme amparo! Buen Señor,
si es verdad, como lo creo,
que ese adorno militar
al que es digno de traerlo
le inspira acciones brillantes,
grandes y excelentes hechos,
ninguno emprender podéis
de mas gloria y lucimiento,
que amparar á una inocente
joven... Me viene siguiendo
mirando á la puerta:
una mano vengativa:

la misma crueldad: yo os ruego
con lagrimas...

Plac. Suspendedlas:
no, temais. ¿Quién á ofenderos
se atrevé, preciosa joven?

Todo mi asilo os prometo.

Nada os atongoje, nada:

qué yo haré...

*Faustina que durante estos versos habrá
estado manifestando su temor, mirando
con frecuencia la puerta por donde salió
y viendo que la abren, corre á favorecerse
de D. Placido, poniendose á su espalda.
Este que vé salir con igual aceleración á
Valerio, saca la espada, se adelanta á
recibirlo, y él queda confundido.*

Faust. ¡Ay Dios!

Val. Siguiendo

nos viene sin duda... Mas...

Viendo la espada puesta al pecho.

Plac. Si otro paso dais, el pecho
os traspasa.

Val. Señor... Yo...

Plac. ¿Y cómo os atrevimiento
de profanar de este sitio
la inmunidad y el respeto?
Centinela.

*A esta voz, y seña que le hace, echa el
Centinela con prontitud el cerrojo á la
puerta. Cala bayoneta; y parte á Va-
lerio. Faustina lo observa; y corre á in-
terponerse entre él y D. Placido.*

Faust. Señor, ved
que ese es mi fiel guarda...

Plac. Peró...

Retiraos... ¿De quién huis?

El centinela se retira, y él envuyna.

Faust. ¡No puedo alentar!

Val. Yo menos
pues huyendo de un peligro,
vine á dar en mayor riesgo.

Plac. Decid quien os perseguia
y por qué causa? Yo os ruego
me declareis vuestras penas,
ya que tanto os compadezco.

Faust. Yo hice en mi patria, Señor,
un delito: le confieso,
y que mientras viva, de él
arrepentirme no esperó.

Plac. Pues ese será un delito
muy peregrino, supuesto
que le conocéis, y no
produce arrepentimiento,
Sepamos qual es.

Faust. Señor...
amar.

Plac. ¿Amar? Pues yo creo
que si ese es delito, todos
Señora, le cometemos.

Val. Eso mismo digo yo.

Plac.

Plac. Y qué, ¿os persiguen por eso?

Val. Si señor, porque lo amado es de ilustre nacimiento, y el de esta Señora, humilde.

Plac. Por lo mismo se halla preso *ap.* mi amigo Don Leandro allí.

¡Y quanto, quanto lo siento!

Faust. Yo amé, Señor, y amo á un joven, á quien lo ilustre es lo menos que le hace recomendable; pues solo alaba lo ageno quien celebra á sus pasados, sino imita sus aciertos.

No del sordido interés los viles inducimientos, ni de su cuna los brillos, esplendores, y reflexos, me animaron á quererle.

Eso queda para aquellos espíritus tan oscuros, que sin que de merecerlos hayan dado pruebas, quieren con prestados lucimientos, representar en el mundo lo que no nació para ellos.

La virtud, la providad, trato generoso, recto, y sencillo corazón de mi dulce amante, fueron los unicos seductores

(¡y qué amables!) de mi afecto.

Me dió la mano, y palabra de esposo: ya estaba haciendo las precisas diligencias, para que tuviera efecto nuestro lazo indisoluble,

quando su padre á saberlo llegó: le encerró en un quarto,

le hizo presente el defecto, y la mancha que en su sangre causaria el Himeneo

que solicitaba: airado, y cruel (porque su genio feroz, es incomparable)

le puso el duro precepto de no verme jamás, si no queria ser exemplo de hijos viles. Le escuchó mi prudente amante: pero

como era tanto su amor, respondió humilde y atento, que debía á su promesa dar el justo cumplimiento.

Que estaba pronto á sufrir todo aquel castigo impuesto

por las leyes á un delito de aquella clase, primero que faltar á su palabra, y solemnes juramentos; y en fin, que él debía ser de Faustina, esposo y dueño, que es mi desgraciado nombre.

Plac. Qué es lo que he escuchado, Cielos! ¿Faustina os llamais? *(ap.)*

¡Y quanto, quanto lo siento!

Faust. Faustina, si señor.

Plac. Ella es!

ap.

Faust. Sangriento

y cruel el padre... (ay ¡Dios!)

Plac. Dió su queja al Rey, y preso trageron á vuestro amante á la Corte.

Faust. Eso es lo cierto. *sorprendida.*

Plac. Y que es el Marqués del Roble su padre, ilustre en extremo; pero en extremo feroz, altivo, é inhumano.

Faust. Pero

¿como eso habeis, señor?

Plac. Teniente del Regimiento

en que yo fui Capitan, es Don Leandro, le profeso una amistad verdadera;

sé su historia, y me intereso en su bien, como en el mio.

Con que con mas causa ofrezco serviros en quanto pueda.

¡Qué preciosa es! Yo entiendo, que es Toledo vuestra patria.

Faust. Negarlo, Señor, no puedo.

Plac. Y como á Madrid venisteis?

Sabeis á dónde está preso Don Leandro? Y quién fué el que

os venia persiguiendo, que aqui llegasteis temblando?

Faust. Diré, Señor. Por un medio seguro, me dió Don Leandro el aviso tan funesto

de que iba á ser conducido en aquel mismo momento

de orden del Rey, y por queja de su Padre, á Madrid preso.

Que abandonase la casa de los míos luego, luego,

porque el suyo pretendia hacerme triste trofeo, ó victima de sus iras.

Que fuese á la de Valerio *señalansole.*

sigilosamente, el qual, me tendria sin recelo

oculta en ella diez días,
y que transcurados estos,
á la Corte me traeria,
y á la casa de Don Pedro
de Piñalazi, cambiarme
de letras, rico en extremo:
el que me tendria en ella
con mucho gusto, y sin riesgo;
y que allí me avisaria
de lo que fuese ocurriendo.
Yo obedeci á Don Leandro;
mas no dexé el patrio suavio
hasta que se pisó un mes,
porque penetró Valerio,
que nos tenían tomados
los pasos, con el deseo
de hallarme el Padre de Leandro,
y hacer conmigo un horrendo
sacrificio á su venganza.
En fin, venciendo mi afecto
el temor, y los peligros,
anoche, con el secreto
correspondiente, salimos
de nuestra Patria: sin riesgo
llegando habrá tres horas:
á la casa de Don Pedro
Piñalazi dirigimos
(por las señas que nos dieron)
nuestros pasos; mas en esta
calle, reparó Valerio
en que un hombre no seguia
con recatado misterio.
Me lo advirtió, le observamos,
y conocimos que Anselmo
era, criado del Padre
de Leandro, y tan perverso
como aquel. Nos contemplamos
perdidos, si conocernos
conseguia: apresuramos
el paso: él hizo lo mismo;
llegamos á este Quartel,
corro á esta puerta, el Sargento
me detiene: á vuestra voz
obedece: os hallo, os cuento
mi desdicha: conocéis
á mi amante: él está preso,
é ignoro donde; su amigo
sois: y pues el justo Cielo
me ofrece en vos un amparo
tan respetable: yo espero
de vuestra clemencia, seais
el asilo, el norte, el puerto
de mis penas, pues rendida
os lo suplico, y lo ruego.

Queda un momento consternada de dolor, y

después arrastrada de un ímpetu de ternura, dice con voz fuerte.

Oh, ¡Dios! Ah Leandro mio!...

Qué será de ti!...

Leand. Qué acento á la puerta de su tan dulce me nombra? Amigo (prision. Placido, por Dios te ruego que abras mi prision.

A estos versos Don Placido manifestará su sorpresa, Valerio su admiracion, y Faustina que quedó en un profundo abatimiento, luego que oye á Leandro se conmueve, fija sus ojos á donde suena la voz, y concluida corre á la puerta de la prision. Don Placido la detiene.

Faust. Qué escucho!

El es... Leandro.

Plac. Deteneos,

Señora... Qué vais á hacer?

Val. Este es un encantamiento!

Leand. Faustina!

Faust. Leandro amado!

Leand. Placido!

Faust. Señor... de rodillas.

Plac. ¡Qué empeño! ap. levantándose.

Y qué haré?... se han conocido. reflexionando.

Y me suplican... Sargento. reflexionando.

Sale el Sargento. Señor.

Plac. Nadie me entre aqui

sin avisarme primero. Vase el Sarg.

Centinelá, retiraos

hasta que os llame.

Lleganto á él, tomando la llave, y señalándole su habitacion, por cuya puerta entrará.

Cent. Obedezco.

Leand. Placido.

Faust. Señor.

Val. Señor:::

Plac. Esto no tiene remedio.

Mientras abre la prision dirá los versos siguientes. Faustina y Valerio, le observarán con eficacia, mirándose alguna vez para comunicarse el gozo que les inflama.

Que le tenga preso aqui, ap.

y que de él responder debo,

manda el Rey en su Real orden.

No la quebranto por esto.

Abre la puerta y sale Leandro acelerado, vestido con sencillez, descompuesto el cabello, y pálido el semblante. Examina desde la puerta la scena con agitacion: vé á Faustina, corre á ella, y antes de llegar, ésta cae desmayada en los brazos de Valerio. Leandro y Don Placido se ponen

sen á sus lados , y la colocan en una silla.

Leand. Dónde estás , Faustina!... ! Ah, dulce bien mio!

Faust. Yo muero!

Leand. Faustina! Ay Dios! *mirando á*

Val. Mi Señora. *Placido.*

Plac. Es un desmayo ligero. *despues de*
Consuelate. Ya en sí vuelve. observarla.

Faust. Ay de mí!... Mas yo le ve!...

No me engaños. El es... Leandro!
se levanta precipitadamente.

Leand. Faustina!... A hablar no acertó
Quedan los dos sorprendidos mirandose lo

Val. Señora , Amo y dueño mio. *(mismo.*

Plac. Qué espectáculo tan tierno! *ap.*

Pero ¿qué quiere decir
tan debil abatimiento?

¿Es ese acaso, el valor
de un Soldado , de un Guerrero
como tú ?

Leand. Y hay quien resista
á un enemigo tan bello ?

Pero como estas aquí,
amada Faustina ? El Cielo

te restituye á mi vista
despues de tan largo tiempo?

¿ No logró mi Padre cruel
el esterminio funesto

de tu familia infeliz,
que vengativo , y sobervio

pensaba hacer , despues de
tenerme á mí en ese encierro ?

Pero ay Dios! Qué mal indicio
es hallarte aquí , pues creo....

que el rigor... Estás tambien
presa , Faustina!... El tremendo

el impio horror logró
oprimir con duros yerros

á la inocencia : eclipsar
los rayos , puros y tersos

de la virtud , y arrancar
su santuario , y su templo.

que eres tú , de solo un golpe
barbaro , injusto , y tremendo ?

Peró ya tus señas , ya
las de Placido y Valerio,

me dicen , que libre estás :
ya respiro con sosiego.

Y qué mucho! si creia
que hubieras sido de un fiero

brazo , victima inocente ?
Y no era fuerza creerlo,

faltándome aviso tuyo,
de mi Padre conociendo

la vengadora crueldad,
y no estando tu á su tiempo
en casa de Píñalazi
como esperaba mi afecto ?

Pero adorada Faustina
quita mis dudas. Qué es esto ?

Por qué benéfica mano
estás aqui con Valerio ?

Corre el velo á tan amable
confusion.

Faust. Y cómo puedo
abrir mis tímidos labios

quando os miro padeciendo
por mi causa tantas penas,

ultrages y sentimientos!
Oh, Dios! Toda mi alma se abre

de dolor , Señor , al veros !
Qué pálido el rostro ! Qué

ojos tan tristes! siendo ellos...
Tu , naturaleza sabia

verás al amor paterno
proceder con tal crueldad

sin darte horror! No lo creo.
Sabe el Sargento, desde la puerta llama

á D. Placido, y en el intermedio que ha-

blan los dos como en secreto, se su-

pone que Faustina instruye á Lean-

dro de lo que deveu saber.

Sarg. Mi Capitan.

Plac. Qué se ofrece ?

Sarg. Solicita con anhelo
hablar al Señor Don Leandro,

pues sabe que está aqui preso,
un criado de su Padre.

Plac. Criado del Padre ?

Sarg. El mismo

lo dice.

Sarg. Dixo su nombre ?

Sarg. No señor.

Plac. Id á saberlo. *Vase el Sargento.*

A qué vendrá este hombre ?

Leand. Con que
hasta aquí os vino siguiendo ?

Val. Si señor.

Leand. Y á Píñalazi
no habeis visto ?

Val. No por cierto.

Sale el Sarg. Se llama , Señor , Andres.

Plac. Decidle espere un momento,
pero antes , oid. *le habla ap.*

Faust. Qué amable,
qué generoso , y atento
es Don Placido!

Leand. Y qué acaso
tan venturoso en extremo



te traje, Faustina, aquí!

Plac. Al mismo Conde del Cerro entregareis mi papel.

Los dos irán siguiendo:

Señalando á Faustina y Valerio.

por la otra puerta saldrán:

Id con cuidado.

Sarg. Ya entiendo. *vase.*

Plac. Señora, entrad en mi cuarto, y siguela tu, Valerio.

Pronto, porque os pueden ver.

Leand. Pero Placido, tan presto la separas de mi vista?

Plac. Es preciso: no hay remedio.

Leand. A Dios Señor Don Leandro.

Faust. A Dios mi dulce embeleso.

Se encamina Faustina con Valerio á la puerta de enmedio. Leandro no quitará la vista de aquella; la qual volverá la suya dos veces á contemplarle. En la puerta le mira con mas atencion y ternera; dá un suspiro, levanta las manos al Cielo, y se entran.

Plac. Vuelvo al instante. *Vas.*

Leand. Y podrá
ningun humano respeto,
la opresion mas rigurosa,
y el castigo mas sangriento,
separarme de este hechizo
y hacer que mis juramentos
selempnes quebrante? No!

Antes me confundia el Cielo.

Ah, Faustina amada mia!

Todo lo que en ti echaba menos

mi Padre, lo encuentro yo

mas resplandeciente, y bello.

Tu virtud, es tu nobleza.

A esa, los mortales dieron

su valor: pero el origen

de aquella, viene del Cielo.

Luégo quién me haré dexar

lo que es mas, por lo que es menos.

Vase Plac. Ya puse la esquila al Conde.

Leand. Placido, amigo, qué nuevos

é incomparables favores

de tí recibo! con ellos

alientas al que se hallaba

de la amargura cubierto.

Y mi Faustina?

Plac. Allí queda

con mis primas.

Leand. Por qué medio

tan raro, la ha conducido

la suerte aquí! Yo no puedo

dejar de creer que encierran

ciertos acasos misterios,
que á la humana inteligencia

la es imposible entenderlos.

Oye lo que me ha contado.

Plac. Todo lo sé.

Leand. Lo celebro.

Pero Placido, por qué
la arrebataste tan presto
de mi vista, y por qué ahora
no sale? Vamos adentro,
mi fiel amigo: á sus ojos,
nada, nada echaré menos.

Plac. No puede ser. Esperando
estoy al Conde del Cerro;
joven, cuya provida,
justificacion y lodo

al servicio Real, le hacen
acrehedor al valimiento
que disfruta del Ministro.

Es mi amigo, le intereso
en tu favor, lo ha ofrecido
y por él tu dicha espero.

Hoy quiere hablarte. Un criado
de tu Padre, está en el cuerpo
de Guardia; pretende verte
con mucha ansia, y yo recelo
si es acaso....

Leand. El que siguió
á Faustina y á Valerio?

Traydor! él será sin duda.

Mas qué querrá este perverso?

Plac. Me parece que se llama
Andrés.

Leand. Haz que entre al momento:
Andrés es muy fiel y honrado:
pero una alma vil Anselmo.

Plac. Oia? *Sale Sarg. Señor.*

Plac. Decid que entre
ese Paysano. Ya tengo *(Al Sarg. ap.*
prevenidos á los dos.

Tomad la esquila. Id por ellos. *Se*

Sarg. Bien está, Señor. *(la dá.*

Plac. Leandro, *apar.*

tendrá mucho sentimiento
quando sepa que Faustina
está en otra parte. Pero
habrá de tener paciencia,
que así por su bien procedo.

Sale Andrés apresuradamente, y al ver á
D. Leandro corre á él, se arroja á sus
pies, y se abraza á ellos tiernamente.

And. ¡Ah, mi amado Señorito!

Gracias al benigno Cielo

que me permite besar

esta mano, que vencero.

Leand.

Leand. Lebanta Andrés. Yo bien sé el mucho amor que te debo.

And. Y de qué sirve mi amor?

Si pudiera ser remedio de vuestras penas, mi sangre, que gozoso, qué contento la derramaría toda!

Ver á mi amo padeciendo en la estancia del horror sin poder darle consuelo!

Leand. Pero, dime, Andrés, mi Padre...

And. Oh! vuestro Padre bien presto estará aquí. A prevenirle la posada yo, y Anselmo nos adelantamos. Quise me fuesen útiles estos instantes; y á veros vine, pues ya se sabe en Toledo que aquí preso estais.

Leand. Mi Padre *Con sumo sobresalto.* en Madrid! Con causa temo...

Plac. No temas nada.

And. Ah Señor!

Debe temer mucho... Pero *aparte á Leand.* podré hablar.

Leand. Si, todo, todo.

Es mi amigo. Mas yo pienso no permitirá mi Padre, que á Faustina un tratamiento cruel se la dé:

And. No es cosa:

ese es todo su deseo.

A su Padre trae consigo, para que este pobre viejo se ponga á los pies del Trono y pida que en un encierro vil, á su hija se castigue, y que aquel sea perpetuo.

Leand. Cómo? ¿Con mi padre viene el compasivo Aniceto?

And. Si Señor, el compasivo; pero lo fué en otro tiempo. Era dulce y apaciable; mas vuestro Padre, que creo que es hecho todo de azufre en azufre nos le ha vuelto.

Leand. Pero cómo ha sido?

And. Oídme.

Al instante que os prendieron, y á la Corte os conducian, vuestro Padre, con imperio, dixo al Alcalde mayor, que en aquel mismo momento asegurase á Faustina, y pusiese en un encierro

con dobles prisiones. Dióle la orden precisa para ello, que era del Señor Ministro; y pasó el Juez al momento á la casa de Faustina con grande acompañamiento de Alguaciles. Vuestro Padre, iba á todos dirigiendo.

Llegan por fin á la casa se les presenta Aniceto: le preguntan por su hija, ignora su paradero; la buscan, registran todo, no la hallan, y al pobre viejo vuestro padre le honró tanto, que despues de otros dicitérios los mas infames, le dixo que sabia era el tercero de la torpeza de su hija; y que hacia juramento de vengarse de él. En fin, Señor, vuestro Padre viendo este golpe malogrado, mandó que fuese Aniceto á verle al dia siguiente: le trató con mas desprecio, y no le dexó vivir hasta que le dió el buen viejo palabra de proceder contra su hija. Esto es lo cierto: á esto vienen á la Corte, y yo de todo os prevengo, para que estéis advertido contra enemigos tan fieros.

Sale Sarg. Todo se hizo, Señor.

A Don Placido que se llega á él.

Plac. Bien:

y cómo los recibieron?

Sarg. Con amor incomparable, y humanidad sin exemplo.

A la señal que le hace Don Placido se vá.

Leand. Haber seducido así aun al honrado Aniceto, mi Padre? Mas dime, Andres, no se sabe el paradero de Faustina?

And. Qué! á saberle quién duda la hubiera muerto? Pero Señor, yo os suplico á **D. Plá.** que deis orden al Sargento para que me dexé entrar con libertad.

Plac. Te lo ofrezco, entrarás quando quisieres.

Leand. Toma, Andres.

Dandole unas monedas.

And. Señor, ¿qué es eso?

Viendolas sin tomarlas.

Con dinero no se paga
el puro amor que os profeso:
conqué Usia lo agradezca
será para mi gran premio.

Leand. Yo sé tu fidelidad
y desinterés. No es esto
retribución, es fineza.

And. Pues si es fineza la acepto.
¡Ah, monedas admirables
de mi corazón! Protesto
que os guardaré, como alhaja
preciosa y rara en extremo.

Leand. Pero ¿por qué así te admiras?
No tienes pruebas....

And. Las tengo
repetidas, y de sumas
mucho mas crecidas; pero
todas juntas, no componen
lo que esta para mi afecto.

Leand. Pero por qué?

And. Por qué? Pues
no es un milagro que un preso
en su faldriquera tenga
monedas que dar, supuesto
que apenas entra en la carcel
es el castigo primero
registrarle y arrancarle
su poco ó mucho dinero?

Plac. Eso se vé solo, quando
los que se suponen reos
son tratados por ministros
injustos; con cuyos hechos
infaman la misma Carcel
tan respetable. Yo entiendo
que unicamente está ella
destinada por el recto
y sabio Legislador,
para custodiar á aquellos
desgraciados que la habitan
con delitos, ó sin ellos,
porque á veces hay indicios
que al fin no suelen ser ciertos.
Si pierden la libertad,
¿por qué quitar su dinero?
Si los sabios Magistrados
supieran esos excesos,
quién duda que con la pena
lograrán el escarmiento?

And. Si os he ofendido, Señor,
que me perdoneis os ruego.
Yo dixé lo que me acuerdan
estos lugares funestos.

Plac. Mas todos no se manejan
por unos mismos sujetos.
Entre algunos que son malos,
hay muchos que son muy buenos.

And. Lo creo así. Señorito,
hasta otra vez.

Leand. Yo te ruego
que no me olvidéis.

And. Jamas.

Buen Señor, guardaos el Cielo. (*Vase.*)

Plac. ¡Qué caracter de criado
tan noble!

Leand. Es muy fiel.

Sale el criado de Don Placido.

Plac. Qué es eso?

Criad. Ha llegado con su hermana
el Señor Conde del Cerro,
y quiere hablaros.

Plac. Que venga
el Centinela al momento.

Vase el Criado.

Entra en la prision, *Leandro*:
Este Conde, es el empeño
en quien confio que logres
tus amorosos deseos.

Ha de hablarte. Entra.

Leand. ¡Quando
acabarán mis tormentos!
Ah, mi Faustina!

Plac. Cerrad al Centinela que lo hace.
la prision. Conde, aqui espero.

*Desde la puerta, despues de cerrada la
de la prision, y colocádose el Centinela en
su lugar, vuelve D. Placido al medio de
la Escena, y sale el Conde.*

Cond. Te debo dar muchas gracias
por el favor que me has hecho
en disponer que mi casa
sirva de Norte, y de Puerto
á la virtud perseguida.
¡Pobre Faustina! Te ofrezco,
usar contigo de todas
las voces y sentimientos
de la compasion. Mi hermana
está loca de contento
con ella, y bien instruido
yo de todos sus sucesos.
Engañé el Marqués del Roble
al Rey y al Ministro, haciendo
un informe contra su hijo
de mil falsedades lleno;
y á la preciosa Faustina
quiso deshonrar. Yo temblo
de irá solo al contemplarlo!
El Ministro está tremendo

advertiéndose engañado ;
y aconsejar quiero al preso
lo que le es mas util. Haz
que salga aquí.

Plac. Sé de cierto
que no ha llegado el padre,
estará en Madrid muy presto.

Cond. Si se presenta al Ministro,
tendrá buen recibimiento.

Sale el Sarg. Mi Capitan.

Plac. Qué ha ocurrido? *le habla ap.*
Decíale que entre al momento.

Vase el Sargento.

Ya es preciso suspender
que hables á D. Leandro. Tengo
una gran visita , amigo.

Cond. Quién ?

Plac. Su padre.

Cond. Lo celebros.

*Sale el Marqués seguido de Andres. El
rostro de aquel manifiesta la ferocidad de
su corazon. Hace una pequeña cortesía,
pero con entereza, á los dos. Despues del
primer verso se dirige al Centinela, y al
ir á llegar á la puerta de la prision, le
recibe con la punta de la vagoneta.*

Marq. A dónde está D. Leandro ?
Sacadle aquí, porque quiero
hablarle. Mas yo entraré
en su prision. Qué, que es esto?

Con furia.

Sabéis quien soy? Os atreveis...

Os parece, Caballero,
á D. Plácido con tono fuerte.

que es digno el Marques del Roble,
padre del que aquí está preso,
de este trato?

Plac. Y os parece
que es un delito pequeño
atreverse á atropellar
á la centinela ?

Marq. Pero yo creí...

Plac. Creisteis mal.

Escuchad lo que os advierto.

En el sitio en que os halláis,
no sirven los privilegios
del título mas illustre.

Aquí solo obedecemos
la voz del Rey: las demas
son como dichas al viento.

*Se quitan el sombrero él y el Conde; pero
no el Marques.*

¿No ois que he nombrado al Rey ?
Abatid ese sombrero,

ó haré os le quiten de un modo
que os enseñe á ser atento.

Cond. Qué bien abatió su orgullo! *ap.*
*Paseándose sin tomar partido en las con-
textaciones.*

Me ha dado un gusto completo!

Marq. A mi enseñarme? Y quién puede
intentarlo? Si al respeto
debido al nombre del Rey
falté, la disculpa tengo
en que soy padre irritado,
y el furor me puso ciego.

Plac. ¿Y cuándo las ceguedades
delitos no produxeron?

Marq. ¿Y no puedo hablar á mi hijo ?

Plac. Vuestro hijo está sujeto
del Rey á la voluntad.

Marq. De esta manera lo entiendo :
Pero puedo hablarle, ó no?

Plac. No tengo reparo en ello,
pero para conseguirlo,
pusisteis muy malos medios.

Marq. No os conocí: perdonad.

Plac. Por este vestido, creo
que debierais conocer
mi carácter, y...

Marq. Ya tengo
dicho que me perdoneis. *Muy ayraido.*

Plac. No, no os irritéis por eso.

Con ironia.

El preso á mi vista. No :
yo le sacaré.

Se entra por la puerta de la prision.

Marq. Me quemo *ap.*

interiormente al notar

los ultrajes que padezco !

¿Y por qué no se irá este? *Por el Conde.*

Querrá escuchar si reprendo
bien, ó mal á mi hijo? No;
yo le echaré de aquí presto.

Algun importante asunto (*con entereza*)
os obliga, Caballero,
á deteneros aquí?

Cond. Pero sepámos primero
¿con qué autoridad me haceis
esa pregunta?

Marq. Yo tengo
que hablar á solas á mi hijo.

Cond. Pues sabed, que si yo debo
salir de aquí, no sois vos
quien lo ha de mandar. Me acuerdo
que D. Plácido os mostró
algunos advertimientos
que debieran reformaros.

Se os olvidaron: lo siento.

De la voluntad del Rey
este Gefe, á un mismo tiempo
es intérprete, y Ministro.

Si el solo, así lo comprendo
puede permitir me quede,
tambien en él solo encuentro
quien puede mandar me vaya.

Os respondi... Majadero!

*Salen D. Plácido y D. Leandro. Aquel
dexa que este se adelante. El Conde se
retira un poco observando con eficacia y
terneza á D. Leandro. Andres estará mas
desviado; pero manifestará la compasion
que le causa aquel: el qual irá con humil-
dad á ponerse á los pies del Marques,
y este se retira con furor.*

Leand. Padre amado!

Marq. Aparta, ingrato,
insolente, y...

Plac. Conteneos. *Entre los dos.*

No se os olvide que el Rey
manda aquí solo, que vuestro
hijo, no es mas que un sagrado
depósito, del que debo
responder; y que aquí todo
os debe infundir respeto.

Marq. Con qué á mi hijo no podré
explicar mis sentimientos?

Plac. Podeis; pero con decoro,
no con viles tratamientos.

Marq. Pues baya, enseñadme vos,
para evitar mis defectos,
el modo de conducirme,
y voces que decir debo.

Plac. Vuestra noble é ilustre sangre
que alabais tanto, ha de hacerlo;
y si ella no os lo enseñase,
no busqueis otro Maestro.

Se retira con el Conde.

Marq. Que tenga que tolerar *ap.*
á este hombre! un fuego aliento!

Acércate, ingrato hijo,
respeto en mi un padre lleno
de enojo; porque cruel
le ofendiste. Ese silencio,
ese semblante abatido,
y temor humilde, creo
declaran bastantemente
que reconoces tus yerros.

No, no pienses llegar á
la enmienda fuera de tiempo.

Esta prision, que segun
tu delito tan horrendo.

debiera yo mantener
cerrada siempre, te ofrezco
será abierta en el instante,
como tambien la del seno
de mi corazon, si arrojas
del tuyo, aquel vil objeto
que le seduxo.

Leand. Señor,
jamás saldrá de mi pecho.

Marq. Cierra el labio. Cúbrete
de rubor. Estos recuerdos
merece la ilustre sangre
de tus gloriosos abuelos?

Leand. La mejor sangre, Señor,
es la que tiene su asiento
al lado de la virtud.

Esta sígo, y esta quiero.

Marq. No te avergüenzas, vil hijo?

Leand. No, Señor, ni me avergüenzo,
ni sé de qué. Bien conozco
que mis actuales intentos
no aumentarán los blasones
de mi cuna, lo confieso.
Pero tampoco podrian
denigrarla. Un nacimiento
civil, costumbres honradas,
y virtuosas, contemplo
que unidas á la nobleza,
no la causarán desprecios.

Marq. Eso pronuncias? Mas yo
sostendré con todo empeño
el lustre de mi nobleza,
mi decoro, y los derechos
de la paternidad, que
sobre tí, mal hijo, exerzo.

Leand. Y yo seré siempre humilde
adorador del paterno
sagrado carácter, que
en vos reconozco; pero
sabré sostener tambien
con constancia, y ardimiento,
los derechos que me dió
la naturaleza.

Marq. Y esos,
¿quáles son? Tu, ¿ne me debes
la vida?

Leand. Señor, es cierto;
mas tambien con ella, un don
mas precioso me dió el Cielo;
pues al poder de los hombres
jamás se mira sujeto.

Marq. Y qual es ese precioso don?

Leand. La libertad que tengo
para amar lo que es tan digno
de ser amado.

Marq. Perverso,

traydor, hijo loco, y...

Leand. Señor, Señor, deteneos.

Me tratais indignamente sin justa causa, y no puedo tolerarlo. Vuestro enojo manifestad con aquellos modos y voces, que explican claramente el sentimiento, y no infaman la persona de quien se tienen. Yo debo respetaros como á padre; pero si acaso me acuerdo del honor, que este vestido me dá, que desde el momento que le vesti, consagré mi fidelidad, mi esfuerzo, mi persona, y vida al Rey, y á la Patria, considero que mi persona y mi vida son de mi Rey, y por ello no he de permitir se traten con tan indigno desprecio, que el mas vil de los mortales no sufriera. Esto supuesto, porque no os irrite el verme, ni (si me infamais) resuelto os responda, á mi prision otra vez, Señor, me vuelvo: y creed, que amaré siempre á Faustina, aunque el sangriento rigor me añija con penas, amarguras y tormentos.

Parte á la puerta de la prision: el Marques corre á detenerle, y á su voz lo hace.

Marq. Detente.: Espera... Lo manda tu padre.

Leand. A esa voz, no puedo desentenderme... Mas hable mi padre, si puede hacerlo, como hablar se debe á un hombre de honor; no con vituperios.

Marq. Permitid, que entre un anciano á D. Plácido.

que está esperando.

Plac. No tengo reparo.

Marq. Llámale, Andres. *Vase este.*

Plac. Este ha de ser, segun creo al Conde aparte.

de Faustina el padre.

Cond. Tristes

amantes! Los compadezco.

Es bello jóven D. Leandro.

Qué prudente, y qué discreto!

Marq. Amenazas y rigores *ap.*

han de lograr mis intentos: y sino, la muerte sabe poner á todo remedio.

Llega, respetable anciano.

viendo salir á Aniceto, viejo venerable con Andres.

que ya estamos en el tiempo de hablar á este temerario con claridad, con esfuerzo, pues persiste en la locura de amar á tu hija. Te pierdo, (á él *ap.*) te arruino, sino dices que tu hija es infame.

Anic. Cielos *ap.*

ha de lograr el poder, con un tiránico imperio, que á la hija, y á su sangre deshonre el padre!... Primero... Mas si lo manda el Marques!...

Qué rigor!... Pero probemos.

Señor Marquesito, en quien (á *Leand.*)

tan ilustre sangre advierto,

¿ es posible que un amor

mal ordenado, é indiscreto,

os abandone y arrastre

á cometer tantos yerros?

Es posible que querais

á mi hija, y á mi exponernos

al borde del precipicio,

sin dar causa para ello?

Y este es amor? No, Señor:

Es un teson, un empeño

temerario, que la ruina

de lo amado, busca ciego.

Va bien, Señor? (al Marques *ap.*)

Marq. Si: mas di

que es tu hija...

Anic. Ya lo entiendo.

Uniros, Señor, á mi hija?

A mi hija, que es... no encuentro (*ap.*)

las voces! Es...

Leand. Que es vuestra hija?

Con tono firme.

And. Es... modelo

de modestia, y de virtud,

el Marques manifiesta su furor con las

acciones al oír estas voces.

y honor de todo su sexo.

Esto, no le gustará, *ap.*

pero por Dios, que es lo cierto.

Mas vuestra ilustre nobleza,

que-

querer se mezclára á un resto de la miseria !... A mi pobre, é infelice casa, siendo...

¿Qué es mi casa? Muy honrada.
¿Y mis pasados? Guerreros, que por su Rey y su Patria toda su sangre vertieron en el campo del honor.

Tampoco le gusta esto.
Mas con todo: No Señor: yo jamás consentir debo, que mi hija contrayga un lazo tan desigual. ¿Qué derecho tener puede nunca al hijo del Marques del Roble, siendo este conocido en todo

el mundo, por sus excelsos timbres, sus altos blasones, y mucho mas por su genio feroz, y porque al que no humilla á sus pies el cuello, le levanta un testimonio, y le pierde en el momento?

Estos versos sorprenden á todos de gozo. El Marques tiembla de ira, enviste á Aniceto, se interpone D. Plácido y Leandro le lleva á su lado.

¿No va bien, Señor? ¿No es esta la verdad?

Marq. Infame viejo!...

Plac. Qué vais á hacer?

Leand. A mi lado estais seguro, Aniceto.

Marq. Protege á un vil, á un indigno, que de él vengarme prometo.

Plac. Tan atrevidas y locas proposiciones, entiendo que os costarian muy caras, pronunciadas aqui dentro, si mi obligacion hiciera: Pero miró otros respetos.

Mirando á Leandro.

Don Leandro, á vuestra prision, y Usia vayase luego á desahogar á otra parte sus furores indiscretos.

Leand. Antes permitid, Señor, que os bese la mano.

Marq. Objeto de mis iras, huye, aparta, que ya ni aun mirarte quiero.

Leand. Pues yo tributaré en esta, todo mi filial respeto.

Se inca de rodillas delante de Aniceto, le toma y besa la mano: aquel tiembla: el Marques muestra una ferocidad incomparable: todos se admiran viendo la accion de Leandro; éste se levanta, y batiendo á todos profunda reverencia, se entra en la prision, y el centinela cierra la puerta.

ap. *Anic.* Ah, generosa virtud!

En mi no estoy!

Llorando viendo á Leandro á sus pies. Luego que este se levanta se dexa caer sobre una silla confundido.

Marq. De este infierno *ap.* salgamos pronto!... Yo me ardo!

Me quejaré al Rey de vuestro mal modo: y no, no dudeis que me vengará.

Plac. Lo creo: *con ironía.*

pero debéis advertir, que nuestro Rey es tan recto, que al que le engaña una vez, nunca, nunca vuelve á creerlo.

Marq. Con que yo he engañado....

Plac. Así me parece.

Marq. De ese nuevo insulto, habré de valerme para vengarme? Qué es eso?

A Aniceto: el qual viéndole en accion de salir de la scena, se incorpora para seguirle.

No me sigas. Yo á tu hija sabré buscar; si, y ofrezco que tu y ella seréis... Ya *ap.*

á dos asesinos tengo preparados para el caso, pues mi buen criado Anselmo por dicha mia encontró á Faustina, y á Valerio: en este Quartel entraron, y despues con el Sargento, los vió salir, y llevarlos á otra casa no muy lejos de aqui, ni de mi posada. Dios os guarde, Caballeros.

Vase con Andres precipitadamente. Aniceto vuelve á quedar conternado en la silla.

Plac. Has visto, Conde, otro noble mas loco?

Cond. Pero debemos reirnos de sus locuras.

Ve a Doña Rosa á la puerta de enmedio.

Entra hermana, ya no hay riesgo de que te vean.

Plac. Señora, perdonadme si os he hecho esperar. Un impensado arribo....

Ros. Yo estuve haciendo compañía á vuestras primas con todo gusto. Se oyeron voces, y ellas me obligaron á salir. Mas el que advierto allí abatido y llorando ¿es Padre del que está preso?

Cond. El Padre de Don Leandro no llora, no: al universo maldice, y quisiera verle á su voluntad sujeto. Aquel es el infeliz Padre de Faustina.

Ros. Ah, Cielos! Es el Padre de Faustina! Pues demosle algun consuelo.
Llega y le levanta

Buen anciano, levantad.

Anic. Ah Señora! Mis tormentos son inexplicables! Son crueles, y en tanto extremo me oprimen, que es imposible pueda sujetar el freno de la razon, los transportes furibundos, y violentos que á mi corazon destrozán. Hija amada!

Ros. Ya no puedo *al Conde ap.* disimular mi terneza. Voi á decirle que tengo en mi poder á Faustina.

Cond. Calla por Dios, que no es tiempo.

Ros. Si la compasion me inflama.

Cond. Yo lo dispondré. Buen viejo venid conmigo.

Anic. Señor, me haceis mucho honor en eso; mas reflexionad que yo debo emplear este tiempo....

Cond. No le perdereis: venid.

Plac. Yo os lo aseguro, Aniceto.

Cond. Estamos enternecidos de vuestros quebrantos. Ellos nuestra compasion merecen; y al mismo tiempo seremos los protectores de vuestra

preciosa Faustina.

Anic. Cielos, permitid que sea así! Y á quien tal piedad merezco?

Ros. Todo lo sabreis: seguidnos.

Anic. De rodillas. Dios inmenso bendecid estas piadosas intenciones.

Cond. Yo os ofrezco que la virtud perseguida alcance un triunfo completo.

Anic. Si eso consigo, la muerte con rostro tranquilo espero.

Cond. Vamos. Creed que execuciones serán mis prometimientos, y la maldad, y virtud, tendrán su castigo, y premio.

ACTO SEGUNDO.

Sale Andrés por la puerta principal.

And. Cumplió por fin el Señor Don Plácido su promesa. Me presenté muy erguido al cuerpo de guardia: llega el Sargento, me pregunta con su cara verdi-negra: Paisano, ¿quién es Vmd? A quién busca? Con aquella circunspeccion magistral con que pretende un baveica representar lo que no es, le respondí, que yo era Andres. Al Señor Andres, están abiertas las puertas de este Quartel, respondió. Entre Vmd. en hora buena. Yo entonces pasé muy grave, y me hizo una reverencia. Quanto engordan á los hombres como yo estas apariencias. Reviento de vanidad; mas Don Plácido aqui llega.

Plac. Oh, querido Andrés.

And. Criado de su merced. Yo quisiera á mi Señorito dar una noticia muy cierta.

Plac. Ahora descansa. No importa que yo primero la sepa.

And. Es verdad. Pues es el caso, que habrá poco mas de media hora, que me hallaba yo ocupado en la limpieza de un vestido de mi amo. De improviso se presentan á mi dos hombres, preguntan por el Marqués: está fuera, les respondi: Pues debemos esperarle aquí, y se sientan. Todas sus trazas, Señor, de perdona vidas eran. Por el colmillo escupian: les llegaban las monteras hasta los ojos: y á un lado caía toda su fuerza. Sus capotes Xerezanos, y patillas de una tercia: á lo Gitano sus m fíos, y jandaluza su lengua. Sacáron ambos sus pipas, y me pidieron caudela. Se la trage: y yo creí que en cada palabra suelta llevaban presa la muerte, para darsela al que quieran. Vino mi amo al fin: Amigos! les dixo, sin la fiereza que acostumbra; los asió de las manos y los entra al Gabinete. Yo entonces lleno de muchas sospechas, de puntillas me llegué á ver si desde la puerta (que estaba cerrada) oía una palabra siquiera, y lo conseguí: pues dixo uno de ellos: ya está hecha la averiguacion del amo de la caza en ze ozipeda la tal Fauztina, Zeñor, Uzia llegará á verla, como le hemoz ofrezio, y Ambrozio que dió con ella, ez un buen mozo, Zeñor. Será igual la recompensa al servicio, respondi mi amo; y sin mas espera corriendo vine á traher una noticia como esta á mi pobre Señorito, porque creo, que util sea. Me marchó. Señor, cuidado con estos hombres...

Plac. Qué piensas tu de ellos?

And. Que son Espías, ó asesinos. Mas, qué perra memoria tengo! No es cosa; lo mejor que decir resta.

Plac. Y qué es!

And. Mi amo fué á Palacio: parece que á la presencia llegó del Señor Ministro: y este con toda aspereza le dixo: quien ha engañado al Rey y á mi, no se atreve á verme jamás. Despues, se le mandó por estrecha orden, que viese á un Señor Conde de... de... qué impacien^{cia}! de... Del Cerro: le dixese su pretension, y cumpliera todo lo que le mandase. Pues la autoridad suprema cedia el Principe en él, para la conclusion de esta causa. Buscó al Señor Conde: no le halló, y hecho una fiera volvió á la posada.

Plac. Bien:

Esa noticia me llena de satisfaccion, Andres.

And. Y mi alegría es inmensa por haberla dado, y ser tan util. En diligencia vuelvo á la posada. Siempre que algo ocurra, y que yo entienda que importa á mi señorito, vendré como alma que llevan los Diablos, á noticiarlo. Mandad, Señor, con imperio en mi rendida obediencia. *vase.*

Plac. ¿El Conde está autorizado por el Rey, para que entienda en la causa de Leandro? Pues quien dudará proceda en favor suyo! Oh, mi amigo! A qué feliz tiempo llegas!

Sale el Conde.

Cond. ¿Cómo nuestro preso está?

Plac. Le ha causado amarga pena que Faustina no esté aquí: pero le he dicho, que crea, que la casa en donde se halla dá margen, para que pueda esperar que sus deseos acreditados se vean,

y ahora lo aseguro mas:
porque sé que el Rey ordena
que tu ácabes esta causa.

Cond. Eso es verdad; pero piensa,
que yo no debo aprobar
una union tan poco cuerda.

Conozco que él es un jóven
amable: tiene belleza
y virtudes excelentes,

Faustina: su Padre muestra
el carácter mas honrado:
y fué calunnia perversa
la del Marqués á los dos.
Y en medio de todas estas
circunstancias, yo no puedo
aconsejar, que es bien hecha
esta union. La contradicen,
la revocan y reprueban
nuestras sabias Leyes. Es
notable la diferencia
de las dos casas. Yo quiero
que todos felices sean,
mas no que esta union se haga.

Qué ¿mi discurso no apruebas?

Plac. Como? reconozco bien
de tus prudentes ideas
todo el fondo; pero Leandro,
que las desapruébe es fuerza:
y como soy tan su amigo....

Cond. Yo le hablaré: tal vez tengan
poder mis reconvenções,
para que su pasion venza.
Conducele aqui al instante.

Plac. Te obedezco.

Entra por la puerta de la prision.

Cond. Mis austéras
y fuertes palabras, creo
me concilien una eterna
enemistad con Leandro;
mas la órden del Rey es esta;
y mi obligacion exige
que en nada prescindá de ella.
Si acaso vuestro descanso

A Leandro, que sale con Plácido.
interrumpo, espero sea
esta falta perdonada
por vos.

Leand. El que considera
que su descanso y quietud,
dependen, Señor, de vuestra
voluntad, solo emplearse
en vuestro obsequio desea,
y los elogios que os debo

mi agradecimiento aumentan:

Ya sabeis que mi Faustina
no me iguala en la nobleza;
pero es tanta su virtud,
que admira al que la contempla.

Cond. Pero la habeis engañado;
y aun procedeis de manera,
que á vos mismo os engañais.
A qué extremo de indignencia
os veriais reducido
como os unieseis á ella?

¿Y si llega el caso adverso
de que su hermosura pierda,
porque la hambre y la desdicha
no diéron jamás belleza,
¿á quién amareis entonces?
Esta ¿no será una fiera
tortura, que os despedace
el corazon?

Leand. Ah, qué ideas,

Señor, tan horribles, para
almas debiles, son esas!
En este estado, ¿Faustina,
pensais acaso que pierda
la resplandeciente antorcha
de la virtud, que hay en ella?
Al contrario: mas preciosa
brillará: como la piedra
que el cincel pule: sufriendo
mas golpes, mas luces muestra.

La hermosura corporal,
se acaba apenas comienza.
La rosa al alba, qué hermosa!
Y al medio dia está seca:
Pero las preciosidades
de las virtudes, se ostentan
brillantes siempre, Señor;
en el alma. Estas, estas
que tanto en Faustina brillan,
forman toda su belleza,
estas sigo, estas me arrastran,
y no temo, no, perderlas.

Plac. ¿Cómo es fácil convencer
al que de este modo piensa? *ap.*

Cond. Pues Señor, como os caseis,
vuestro Padre os deshereda.

Leand. ¿Y quién discurrís será
mas dichoso, con riquezas
mi Padre, ó yo con Faustina
infeliz? La Providencia
que cuida de las hormigas,
las abriga y alimenta,
¿cómo es posible que falte
á su semejanza mesma?

Cond.

Cond. Pues ya que esta no os convence,
una noticia funesta,
creo lo logre.

Leand. ¿Y cuál es?

Cond. El Rey con gusto no lleva
esta union, si pretendéis
sin embargo de esto, hacerla,
os degrada del empleo.

Leand. Rendida está mi obediencia.
Me uniré á Faustina, y luego
yo haré que la real clemencia,
deponga el enojo.

Cond. ¿Cómo?

Leand. ¿Cómo? El campo de la guerra
está abierto. Con prodigios
de valor se manifiesta
la desesperacion. Yo,
que sabré pelear con ella,
los haré, sí, los haré;
y quando todos lo sepan,
nuestro amable Soberano
quando claramente entienda,
que he dado honor á sus armas,
y gloria con mi defensa
á la Patria, quando al pie
de su trono toque, y vea
mis honradas cicatrices,
y que riego con mis tiernas
lágrimas, sus reales plantas,
besando humilde la tierra
que ellas pisan, no es preciso,
no es regular se enternezca
su paternal corazon,
y que me diga: „Alza, hereda
no los bienes de tu Padre,
sí, mi Real benevolencia.
Vive feliz con tu Esposa,
que ya perdonado quedas?

*Lo patético de este discurso conmueve
al Conde, y á Don Plácido: se miran,
y hacen un extremo, que declara
la ternera que les causa.*

Cond. Si lo haré; y el que lo dude
no conoce su clemencia.
Y para justificarla
escuchadme atento. En fuerza
de mi informe; el Rey me manda
deciros quedareis cerca
de su Real persona sin que
os quejeis de que escasea
para vos sus beneficios:
que desde luego, y en muestras
de las honras que os hará,

á Coronel os eleva;
y á su Gentil-hombre: y no
os manda, sino que os ruega
abandoneis á Faustina:
la que hará que se establezca
dichosamente. Yo solo
espero vuestra respuesta.

Leand. Oh, Dios!... Qué he escuchado! El
Mi Rey amado me ruega!... (*Rey,*
Y faltará á obedecerle!
Mas cómo es fácil que pueda
dexar de ser de Faustina!
Ah, que cosas tan opuestas!
Pero hay medio poderoso,
hay arbitrio, que no dexa
escrúpulo al cumplimiento
de mi amor y mi obediencia.

Como fuera de sí.

Amigo infiel, protector
cruel, ya de mí se vengan
vuestras astucias... Yo muero.
A si cumplo lo que ordena
mi Soberano, y Faustina,
quando mi cadáver vea,
dirá que solo la muerte
me pudo separar de ella.

*Corre á su prision, los dos le detienen,
y conducen al medio de la scena.*

Plac. Detente, amigo.

Cond. Esperad. *con ternera.*

Don Leandro.... Vuestras quejas....

Leand. Son injustas: lo conozco.
Perdonadme las ofensas
que á los dos hice.. Un transporte
de horror, hizo que... mi lengua...
Pero qué mortal congoja
el uso me quita de ella!...

Plac. Vamos á mi quarto, amigo.

Leand. Vamos á donde tu quieras.
Mas dónde no esté Faustina,
allí la muerte me espera.

Le lleva Plácido.

Cond. Qué extremo de amor tan noble
por lo amado! Si pudiera....

Por este jóven se debe
hacer quanto hacerse pueda:
Nuestros Reyes son benignos:
y es tan grande la clemencia
del Ministro... En fin, veremos.

Sale el Sargento. Y mi Capitan?

Cond. Ya llega. *Sale D. Plácido.*

Sarg. El Marqués del Roble, para
entrar, aguarda licencia.

Plac. Qué entre. *Vase el Sarg.
Cond.*

Cond. Cómo está Don Leandro ?

Con interés.

Plac. Algo sosegado queda con mis primas. Mas qué sientes de su pasión ?

Cond. No hay quien pueda vencerlo.

Sale el Marqués, se quita el sombrero, y hace á los dos una contesia como forzada.

Marq. Besoos las manos.

Sujetarme á esta baxeza *ap.* por un mal hijo.... Me han dicho, Señor Capitan, que en vuestra casa encontraría al Conde del Cerro.

Plac. A vuestra presencia le teneis.

Marq. Quién ? El Señor ? *con admiracion.*

Cond. Servidor vuestro. *(cion.)*

Marq. Si hubiera antes tenido el honor de conoceros.... aquella pregunta que os hice, no....

Cond. Lo entiendo. De esas frioleras jamás, Señor, hice caso.

Marq. Mandó el Ministro que os viera : en vuestra casa os busqué, y me dixeran que en esta es hallaria.

Cond. Y en qué os puedo servir ?

Marq. Púdiera deciros que en mucho ; mas quando está tan manifiesta mi justicia, no me valgo sino del auxilio de ella.

Cond. Pero nos falta saber si está ó no, de parte vuestra.

Marq. En afirmandolo yo, no es necesario mas prueba.

Cond. Pues porque vos lo digais no es fácil que yo lo crea.

Marq. Por qué ?

Cond. Porque la justicia de otro modo se gobierna.

Marq. Este tal Conde del Cerro *ap.* creo no hará cosa buena.

Ya sé que tiene á Faustina en su poder. Si no acepta mi pretension, yo seré bien vengado de él, y de ella.

Cond. Al caso, Señor. El Rey (que Dios guarde) quiere sea

17
yo, el que en vuestras pretensiones contra vuestro hijo ; entienda, que os diga y que determine lo que á la razon convenga. En esta virtud, decid aquello que se os ofrezca.

Marq. Yo no sé porque el Ministro á escucharme ahora se niega, habiendo siempre tenido tan fina correspondencia con mi casa.

Cond. Despues que oiga las solicitudes vuestras, os diré en lo que el Ministro funda contra vos su queja.

Marq. En primer lugar pretendo que mi hijo encerrado sea con mas rigor ; que arrastrando traiga siempre la cadena que castigue su delito, y la acuerde su vileza.

He reparado que aquel á quien tanto se encomienda su custodia, me ha faltado al respeto, y á la atenta veneracion que merezco : y es solo porque profesa con mi hijo amistad. Yo quiero que en otro Quartel se tenga, con custodia mas segura.

Y en el punto que parezca la infame Faustina (que discurre que hoy mismo sea) se destine á vil encierro por muchos años. Con estas cosas que me concedais, tan justas, como pequeñas, siempre encontrareis en mí una amistad verdadera.

Cond. Poca recomendacion me pudieran dar con ella.

Jamás quise para amigo al que las voces desprecia de la humanidad, y sabe calumniar á la inocencia.

Plac. Bravísimo ! *ap.*

Marq. Qué decis ?

Sabeis que....

Cond. Sabeis que ordena el Rey, que yo sea el Juez vuestro en este asunto ? Si esta autoridad no os contiene tomaré otra providencia.

Marq. Pero á mí, El furor me abrasa ! *ap.*

C

Cond.

Cond. A vos toca mi respuesta escuchar, como escuché las solicitudes vuestras.

Que á vuestro hijo se sujete con rigor, es la primera. Señor Don Placido, el Rey por mi palabra os ordena, que á Don Leandro mitigueis de su prision la aspereza: que permitais se pase por todo el recinto de esta casa.

Marq. Cómo? Es este el modo...

Cond. Que calleis es mando, mientras mis ordenes doy. Al Rey á D. Plac. basta solo que os prometa con solemne juramento guardar su carcel.

Marq. Qué afrentas paso, y qué furoros sufro, por un mal hijo! *ap.*

Cond. Si intenta hablar el Señor Marqués á su hijo, y le dais licencia, si á la moderacion falta os mando que se le prenda, y me pasareis aviso para que yo le dé cuenta á su Magestad.

Plac. De todo quedo enterado, y quisiera que vieseis con la eficacia que lo cumple mi obediencia.

Cond. Por lo que toca á Faustina, por su protector se muestra nuestro amable Soberano. ¿Yntentareis ofenderla?

Marq. Me abraso! Yo haré...

Cond. Qué hareis? Abatid esa soberbia. Y ahora escuchad el motivo que al sabio Ministro empeña á despreciaros. Le consta que un impostor sois.

Marq. Con esas expresiones se me trata!

Cond. Os contemplo digno de ellas. Esta Representacion, *la saca y enseña.*

¿no es toda de vuestra letra?

Marq. Mía es; yo la escribí al Ministro; pero en ella, ¿le faltó al respeto?

Cond. No:

á la verdad faltais; y esta es una culpa, acree dora á su indignacion se vera. Oid:

Lee. Excelentísimo Señor: Muy Señor mio: Engañado, y seducido mi hijo por una mager vil por sus depravadas, y deshonestas costumbres, y por su infame nacimiento, intenta casarse con ella.

Basta. No es manester mas.

Infamar á una doncella honrada como Faustina, es la mas grande vileza. ¿Y es de infame nacimiento? Qué falsedad! La nobleza solo la falta, y es digna de que el Rey se la conceda, porque ha tenido ascendientes, cuya memoria hará eterna la fama por su valor, y servicios en la guerra.

Su Padre es un hombre honrado, la verdad brilla en su lengua; y no, no es capaz de hacer una calumnia como esta,

señalando el papel que tendrá en la mano.

ni de engañar al Ministro como lo habeis hecho. Sea *á Plac.*

el preso juramentado, y pronta libertad tenga.

Guardeos Dios. Bien castigada *ap.* su altivez tan vana queda. *Vase.*

Plac. Qué fuego arrojan sus ojos! *ap.*

Marq. Vete; pero en vano esperas *ap.* hacerme perder el fruto de mis horribles ideas.

Ya mis dos espías... Mas luego se verá. Quisiera *á D. Plac.* hablar otra vez al preso.

Plac. En no habiendo orden expresa del Ministro para ello, no es posible lo consienta.

Rabia, desesperate *ap.* y humilla tanta soberbia. *Vase.*

Marq. Ya que todos me obligais á que mis furias exerzan sus vengativos estragos, Faustina, Faustina muera.

Rompa yo su corazon, destroce su pecho, viertan mis manos su sangre, y venga despues lo que quiera. *Vase.*

Sale D. Plac. No, no puede sufrir mas. *mi*

mi corazón la presencia
de mi desdichado amigo!
Con qué aflicción se lamenta
de su desgraciado amor!

Sale el Sargento.

¿Qué se ofrece?

Sarg. Daros esta
carta, que traxo Valerio:
el que llevé con aquella
Señora en casa del Conde
del Cerro.

Plac. Ya entiendo.

Sarg. Apenas
supo que el Marques del Roble
estaba aquí, con sorpresa
notable, puso la carta
en mi mano, que os la diera
me encargó, y que os advirtiese,
que desde la misma puerta
de la casa donde está,
le siguieron con cautela
dos hombres, al parecer
Andaluces, y sospecha
que fuesen...

Plac. Sí, del Marques
del Roble, espías secretas.

Sarg. Sí, Señor.

Plac. Id, y observad
si en nuestra calle se encuentran,
y avisadme al punto.

Sarg. Bien. *Vase.*

Plac. Veamos la Carta. La letra
del sobre, de muger es. *La abre.*
Pero otra hay dentro, y abierta.

Lee el sobre.

Para el Señor D. Leandro.
Será de Faustina: en ella
le dará consuelos. Dice
la mía de esta manera.

*Señor D. Placido: Espero merecer de
vuestro favor permitáis que mi queri-
da Faustina se despida del Señor
Don Leandro. Yo la acompañaré, y
desde ahí marchará á su destino
con su buen Padre, y Valerio. Su
firme resolución, y mis prontas pro-
videncias; aseguran un éxito feliz y
constante. Tened prevenido con vues-
tras prudentes reflexiones á ese tier-
no amante, para que reciba este gol-
pe tremendo con la posible fortalez-
za. Si lo teneis por conveniente dad-
le la adjunta, en la que esta pre-*

*ciosa jóven le participa su determi-
nacion, y mandad á vuestra atenta
servidora. — Doña Rosa de Guzman.*

Valgame Dios! Qué noticia,
qué resolución tremenda
puede esta ser que con tantas
prevenciones se presenta!
Mas pues Faustina la dice,
que aguardo? Voy á saberla.

*Abre la otra carta, lee para sí haciendo
los mayores extremos de admiracion, y
sentimiento, y despues dice:*

No sé que me pasa! Todo
cubierto de una sorpresa
mortal me observo! Oh, mi amigo!
Qué fatal golpe te espera!
Mas preciso es que aproveche
los momentos... Aquí llegá.
Y qué afligido! Podré
darle noticia como esta. *Sale Leand.*
Leandro, amigo, cómo estás?

Leand. Cómo he de estar? Se presentan
imágenes á mis ojos
tan trágicas, y funestas
para mi amada Faustina...
Ah, mi amigo!

Plac. No, no creas
esos disparates. Pronto
vendrá á verte.

Leand. Ella? *con sumo inquietad.*

Plac. Ella, sí.

Leand. Faustina vendrá á verme?

Plac. En esta Carta lo expresa.

Leand. Qué miro! Ay Dios! Reconozco
que es de su mano esa letra.
Oh, adorados caracteres!
Dámela.

Plac. No con tal priesa
á un sentimiento de gozo,
otro anticipes de pena.

Leand. Otro de pena? ¿Qué dices?
¿Qué me anuncias? ¿Me desprecia?

Plac. Nunca mas te amo, qué ahora;
pero ahora es quando te dexa.

Leand. Me ama mas que nunca; pero
me dexa tambien!... Qué opeñas,
qué horribles, y qué crueles
contradicciones son esas!
No eres mi amigo, ó me engañas,
sino permites que lea
ese papel; Dámele;
dámele antes que fallezca.

Se le dá, y le besa.

Plac. Toma: soy tu amigo.

C.

Leand.

Leand. Qué le abre temblando.
me dirá en él!

Plac. Como tiembla!

Leandro lee. *Leandro: si basta aquí creiste que te amé, como me has amado, debes creer que hoy te amo mas, que á mí misma; pero reconozco, aunque tarde, que nuestra union te haria infeliz; y yo te amaria poco si lo permitiesse. No, Leandro amado: recayga el castigo sobre mí sola, para que tú seas dichoso. Voy á sacrificar por tí mi libertad para siempre en un Convento fuera de esta Corte, donde están dos primas del Señor Conde del Cerro. Iré á despedirme de tí, y espero ballarte de modo, que tu rostro me declare, que apruebas la resolucion de la desgraciada Faustina.*

Qué es lo que he leído, Cielos!
Puede ser verdad!

Plac. No tengas
duda. Faustina...

Leand. No, amigo,
no la nombres. Cruel! Intentas abandonarme! No has visto hasta el extremo que llega mi tierno, y constante amor!
¿Así pagas, así premias los tormentos que me causas, y fatigas que me cuestas? infiel!... ¡Oh, Dios! Pero todo es engaño, es apariencia: no puede ser, no. Faustina, aquella alma noble, aquella incomparable virtud, proceder de esta manera! Es falso, sí. Ella ha escrito este papel: es la letra de su mano: mas quien duda, que seducida, violenta, ó engañada lo habrá hecho?
Pero es mía, y yo soy de ella.

Plac. Bien está, Leandro; pero sosiégate. Presto el verla conseguirás, y ella misma te explicará lo que sienta.

Leand. Ah, Plácido! No por Dios, no permitas que la vea.

Plac. Me es imposible impedirlo,
Leandro, porque ya llega

Leand. Infeliz de mí!

Se dexa caer sobre una silla con to-

tal desaliento. Sostiene su mexilla sobre la mano derecha: salen por la puerta del frente Doña Rosa, Faustina, Aniceto, y Valerio. Inmediatos á la puerta dicen los primeros versos Aniceto y Faustina. Introducida esta en la Escena, y viéndola Leandro se consterna de dolor.

Anic. Hija mía

en esta tan ardua empresa,
haz que tu mucha constancia
y valor no se envilezcan.

Vence esa pasion, y así
sabrás triunfar de ti mesma.

Faust. Sí, Padre mio: sabré
sino extinguirla, vencerla.
No temais, no, que vuestra hija
no acredite su promesa.

Entran en la Escena.

Mas que veo! Oh, Dios! Inmóvil,
pálido el rostro, en la tierra
clavados aquellos ojos
que antes mis encantos eran...
Justos Cielos! ahora, ahora..
debeis darme fortaleza.

*Leandro levánta la cabeza para verla,
y con total desaliento dice:*

Leand. Faustina! Ah!.. Me abandonas,
y á ver mi muerte te acercas!

Faust. ¿Yo abandonaros, Señor?
Jamás con mayor ternera
os amé.

Leand. ¿Qué oigo? ¿Tú me amas,
se levanta con un impetu de gozo.
Idolo mio? Con esa
declaracion, nuevo ser
me das, de nuevo me alientas.

Faust. Yo os amo, Señor; mas veo
que nuestra pasion detestan
las leyes, la razon, vuestro
Padre, el mio, la prudencia,
y nuestro amable Monarca,
sobre todo. Yo resuelta
estaba á sufrir con vos
las desgracias, las miserias,
las cárceles, las prisiones
mas crueles, y sangrientas.
Mas meditando, creyendo
vuestra suerte tan adversa,
si os unieseis á mí, viendo
que perdiais la opulencia
de vuestra casa, los timbres
que habeis heredado de ella;
que arrancaba de su tronco

el feliz vástago, aquella
única rama en que funda
de su esplendor la existencia,
¿sería amaros, sería
quereros con la fineza
de mi pecho, si este lazo
hiciese, si consintiera
tanta ruina, tanto estrago,
tanta injuria, y tanta ofensa?
Ah! no Señor, no es capáz
Faustina de cometerla.

Yo os amo, yo os amaré
mientras aliente: mi lengua
mis labios, mi corazón
con gusto, con complacencia
lo repetirán constantes,
siempre, si. Para ser vuestra
esposa, nació Faustina.

La suerte la es tan adversa
que se lo impide. Mas no,
no será de otro. Se encierra,
en un claustro, se sepulta,
y la libertad contenta
pierde porque seais dichoso,
aunque ella infelice sea.

Contemplo que os causará
mi resolución sorpresa
cruel, espantosas ansias,
mortales desmayos, fieras
congojas; mas resistidlas
con constancia: deponedlas
con valor, al ver que yo
al separarme del que era
mi único bien, mi consuelo,
y objeto de mis ternezas;
mi corazón despedazo
rasgo mi alma, y abro puerta
á mi pecho, porque salga
con mas prisa, mas violencia
mi último aliento, y la muerte
concluya todas mis penas.

Leand. ¿Y esa determinacion
me anuncias; para que sea
aprobada por mi?

Faust. En eso
consiste la dicha vuestra.

Leand. Pues bien está: yo la apruebo,
la confirmo, la celebra
mi alma: vete, no tardes,
quitate de mi presencia,
cruel. Esa libertad
que hoy vas á perder, espera
tenerla mañana: yo
te lo aseguro. No creas.

que de tu encierro á mi encierro
pasen muchas horas. Esta
es mi resolución, si
la tuya, infiel, es aquella.
Faust. Ay Dios!... Leandro... La vida
como fuera de sí.
mas preciosa... Si yo...

Leand. Dexa
sentimientos, depon ansias
por una vida, que llenas
de amarguras, mas atroces
que las de la muerte misma.

Faust. Pero... si...

Anic. Hija, valor.

Faust. Y hay para esto resistencia!
No veis que es contra su vida,
su amenaza? Y yo pudiera
ser causa... Padre, Señora,
sostenedme! Estoy muy cerca
de que mi debilidad
mi amor, y piedad, me vengan.
Salgamos de aquí. *resuelta.*

Ros. Es preciso
que primero el coche venga.

Leand. Amada Faustina, tu
te enterneces? Pues bien, ceda
á los dulces movimientos
de tu amor, esa tremenda
resolución. No te apartes
de mis ojos. Mira, observa, *de rod.*
y examina esta rendida
víctima, que tienes puesta
á tus pies. Ella te pide
que revoques la sentencia
que has dado contra su vida,
ó que inmolada se vea
por la desesperacion
ante la imágen horrenda
de tu crueldad. Pero no:
tu sabrás mirar por ella:
sabrás inspirarte piedad
esta mano, que fiel besa

*A los pies de Aniceto besándole la
mano: él tiembla.*

mi filial respeto. Si:
mi Padre sois: lo confiesa
lo publica, y solicita
mi puro amor, y obediencia.
Si Señor, si Padre mio:
templad la dura inclemencia
de Faustina, de vuestra hija,
de mi esposa: su promesa,
sus solemnes juramentos,
haced que cumplidos sean.

Faust.

Faust. Para ahora, Padre mio, á él ap.
se hizo vuestra resistencia.

Anic. Señor, mis ojos os dicen
el dolor que me atormenta.
No puede mi corazon
mirar lástimas como estas,
sin dexar de consolarlas,
ó en todo desvanecerlas.
Y qué mucho será lo haga
en esta ocasión, si en ella
Señor, me habeis dado el nombre
de Padre!... De Padre! Fuera
esto creible, á no oirlo!
Padre vuestro yo! La tierra
que pisais, debo besar
por honra tanta. Y pudiera
revestirme de crueldad
en medio de tal terneza!
Hija, si el Señor Don Leandro
te ama con tantas veras:
si en tu corazon sencillo,
halla igual correspondencia,
yo tan bárbaro no soy,
tan inhumano, que pueda
oponerme...

Faust. No mas; basta,
Padre mio. Vos dais pruebas
de que es sensible vuestra alma,
que es honrada, pura y bella.
Mi partido está tomado. *con terneza.*
Tú, que de mi pasión ciega
fuiste leal compañero,
tambien espero lo seas
de este mi arrepentimiento.
Sigueme.

*Le ase de la mano y marcha con él há-
cia la puerta de la habitacion de D. Plá-
cido: á todos pone en un movimiento de
sorpresa esta resolucion. Estando cerca
de la puerta sale el criado de D.*

Plácido.

Criad. El coche espera.
*Faustina levanta los ojos y las manos al
Cielo con el mayor fervor. Vuelve ace-
leradamente á la Escena, y dice tier-
namente.*

Faust. Señor D. Plácido, os ruego
con mi llanto y mi terneza,
que por su vida mireis.

Viva Leandro, y yo muera!

A Rosa abrazándola.

Señora, y mi amparo, ¡á Dios!
A Dios... mi Leandro.

Vase con Valerio.

Leand. Espera. *Queriendo seguirla.*

Plac. Detente.

Ros. Gloriosa accion!

Plac. Qué virtud!

Anic. Seguirla es fuerzz. *Vase llorando*

Leand. Me la quitan, me la roban
y he de permitirlo! Dexa
que la siga: no me impidas
el paso. Tu resistencia
supeditará mi furia.

Si: yo debo defenderla.

Plac. Al Rey juraste guardar
la prision: la puerta abierta
la tienes; si esto á tu honor
no ofende, vete por ella.

Leand. ¡Ah! ley del honor sagrada!

Y qué pesadas cadenas
pones al que le conoce,
al que le estima y profesa!
Perdona, querido amigo,
mi temeraria imprudencia.
Infeliz de mi! Perdí
para siempre á aquella, á aquella

preciosa luz de mis ojos,
y de mi vida! Pero ella,
donde vá, Señora? Ya
que mis enemigos venzan
y de pecho la arranquen,
su destino al menor sepa.

Ros. Sí, Don Leandro, le sabreis:
pero primero quisiera
moderaraís esa horrible
tempestad que os atormenta.

Leand. Lo haré, Señora. Decidme
dónde mi Faustina llevan.

Ros. A un Convento en Alcalá.

Es mi Tia la Abadesa;
y otras dos primas hermanas
tengó alli tambien. Apenas
llegó Faustina á entender
que desaprobaba vuestra
union el Rey, y observó
que su Padre con terneza
la rogaba al mismo tiempo,
que su infausto amor venciera,
en un momento medita
las fatales consecuencias
de este suspirado lazo,
y determina resuelta
el perder su libertad
porque disfruteis la vuestra.
En lágrimas anegada,
me pide, suplica y ruega,
le proporcione un asilo

en tan terrible tormenta.
El Convento la propongo:
se regocija, y ordena
su partida. Lleva cartas
para que admitida sea
y tratada, como si
cosa mia propia fuera.
Este es su destino, y este
el exceso de grandeza
de su alma generosa,
digno de memoria eterna.

Plac. ¡Resolucion admirable!
¿Y en ti no habrá fortaleza
para imitarla en vencerte?

Leand. Si la habrá: ella me enseñará.

Si pierde su libertad,
porque yo dichoso sea
¿no haré inmortal el exceso
con que la adoro? La puerta
manda abrir de la prision:
que ella al vivo representa
el sepulcro, el Mauseolo,
la Pira triste, y funesta
del amor, mas desgraciado,
y la pasion mas honesta.
¡Ay de mi infeliz!

Ros. Don Leandro...

Es posible que os merezca
tan poco favor? Yo quiero
me acompañeis.

Leand. Mi obediencia
pronta está á servirlos.

Ros. Vamos,
que yo he de cuydar de vuestra
amable vida.

Leand. ¡Ah, Faustina!
Caminando con Doña Rosa.

Vivir sin ti? No lo creas. *se entran.*

Plac. Leandro infeliz? Y qué yo,
en la situacion me vea
de no poder ayudarle
en todo lo que quisiera
mi amistad! Mas qué ruido
hacia aquella parte suena.

*Salen precipitadamente, y con un sobre-
salto, que manifiesta su cansancio y sor-
presa Andres, y Valerio. Se apoya cada
uno en un lado del teatro, como para
restablecerse de su fatiga. Don Plá-
cido los contempla con estraña
admiracion.*

Valer. Si el Quartel....está... dos pasos...
mas allá.... Yo no lo viera.

And. Yo menos... pues....la fatiga....
hasta el... eterno... me altera...

Plac. Valerio, Andres, pues qué es esto?
Los dos juntos? Que ocurrencia
lo ha dispuesto así? No faiste á *Val.*
con Faustina?

Val. Quién lo niega?

Plac. Y tú, Andres?

And. Por mi desgracia....
tambien fui... Señor... con ella.

Plac. Con ella tu. Cómo? Hablad.
Que ha pasado?

Val. Waya, empieza
tú.

And. Yo? Cómo? No ves que el
sobrealiento aun no me dexa?

Plac. Valerio... Andres...

Val. Escuchad,
Señor, la horrible tragedia.
Con la infelice Faustina
sali de aquí. A la escalera
llagabamos, quando el pobre
Padre nos alcanza. Llega
á su hija, y dá un abrazo;
con la mas dulce terneza,
celebrando su constancia,
y accion heroica. A la puerta
llegamos, nos esperaba
el Coche, y en el nos entran.

And. Los Andaluces que os dixe,
todo lo observaban cerca:
y mas arriba el Marqués
esperaba que le dieran
aviso, de quanto fuesen
notando. Yo á su derecha
estaba, y no permitió
que me apartase siquiera
un paso de su persona:
pues me dixo, que si media
vara de él me separaba,
con solo la friolera
de darme un pistoletazo,
haria le obedeciera.

Val. A la puerta de Alcalá
marchó el Coche.

And. Con presteza
al Marqués uno dió aviso,
otro seguia las ruedas,
y el Marqués, el Asesino
y yo, partimos tras de ellas.

Val. Por la puerta de Alcalá
salimos.

And. Nos vimos fuera
de Madrid todos á un tiempo.

Val. Serian las siete.

And. Y media.

Val. La Luna nos alumbraba.

And. Toma. Pues si estaba llena.

No anduvimos mucho, quando nos causó mortal sorpresa un pistoletazo, el qual hizo que cayese muerta...

Plac. Quién, Faustina? *agitado.*

And. No Señor.

Plac. Pues quién fué?

And. La muía negra:

con lo qual quedó parado el Coche. A su puertezuela llega el Marqués, la abre, ase á Faustina, tira de ella, echa mano al pobre viejo, y á los dos arroja en tierra.

Plac. Qué maldad!

Val. Mayor sería

si Dios no nos defendiera.

And. Mandó el Marqués se amarrasen

á los del coche con cuerdas: mas quando en esto se empleaban los Maisines, se oye cerca un gran ruido de caballos, y en pocos instantes llegan: porque el estruendo del tiro, lamentos, suspiros, quejas, del Padre, y la hija, hicieron que á brida suelta corrieran.

Val. Y quién discurreis sería?

And. Nuestro Gran Rey. En aquella hora venia de caza.

Los Guardias de Corps nos cercan con espada en mano: al oír

que el Rey está allí, se yelan el Marqués y sus dos guapos.

Quieren huir, no los dexan;

los amarran fuertemente:

llora Faustina: lamenta

su Padre, sale Valerio

gimiendo tambien: se apea

nuestro amable Soberano,

y su comitiva: entre ella

iba el Señor Conde del

Cerro: reconoce á aquella

á su Padre, y al Marqués:

al Rey de todo le entera

y á los dos mandó corramos

á daros de todo cuenta:

y á advertiros, que el Marqués

hará de modo, que venga

preso aqui: que le pongais

una pesada cadena,

seis pares de grillos gruesos,

y en el zepo la cabeza.

Mas si el ruido no me engaña,

ya me parece que llegan.

Salen varios Soldados delante con las armas al hombro, dirigidos por un Cabo, que traerá la suya terciada. Enmedio conduce un Oficial (que debería ser un Cadete de Reales Gyardias de Corps) al Marqués, y detrás vendrán el Sargento y otros Soldados del mismo modo.

Ofic. Señor Capitan.

Plac. Señor.

Ofic. El Rey manda, que se tenga

al Marqués del Roble preso

en este Quartel: que sea

oprimido con los yerros

mas pesados que haya: estrecha

y obscura la prision, sin

que comunicarse pueda

con nadie, y que de él debeis

responder. Tambien ordena

su Magestad, que pongais

en libertad, y le espera

en Palacio luego, luego,

á Don Leandro de la Vega.

Marq. Libre el hijo, y preso el padre!

Pero la merezco.

Plac. Queda

de todo bien enterada,

Señor, mi pronta obediencia.

Ofic. Que á la cárcel se conduzcan

dos Asesines, que quedan

abaxo, el Rey tambien manda.

Haced, que la tropa venga.

Plac. Oia, el Cabo y seis Soldados.

Que bien amarrados sean.

Ofic. Cumpli el órden: Dios os guarde.

Plac. Besoos la mano.

Marq. Ya, á vuestra

órden, Señor Capitan,

mi persona está sujeta.

Mi delito, así lo exige.

Y quando le hice? Quando ella

se iba á encerrar para siempre,

porque mi hijo feliz fuera!

Mas ya se hizo: no hay remedio:

á gran mal, gran resistencia.

Plac. Sargento.

Sarg. Señor.

Plac. Sacad

la mas pesada cadena.

El Sargento llega á uno de los Soldados que habrán quedado en la Escena : dexan los dos los fusiles, y entran en la prision.

Vuestra suerte compadezco,
y mucho mas, que yo sea
el que haya de executar
las Reales providencias.

Marq. Cumplid vuestra obligacion,
y dexad mi suerte adversa.

Salen el Sargento, y el Soldado con una gruesa cadena arrastrando.

Plac. Ponedla al Señor Marques.
Lo hacen.

Marq. Bien la merezco : ponedla.

Plac. Al pié.

Marq. En qualquiera parte
creo que podré con ella.

Plac. ¡Que hasta en esta situacion *ap.*
su genio feroz no pierda!

Sarg. Ya está.

Plac. Llevadle al encierro
oscuro.

Marq. Nada hay que tema.

Parte con espíritu á la prision: al primer paso, se presentan á la puerta de la habitacion de D. Plácido Doña Rosa y Leandro: este reconoce á su padre : corre á el precipitadamente lleno de todo el sentimiento que puede producir un espectáculo tan inesperado, como melancólico para el amor filial, y se arroja á sus pies.

Ros. El ruido... Mas quanta gente!

Leand. Todo, Señora, me altera. *Saliend.*
¿Mas qué veo?... Padre amado,
qué es esto? ¿De esta manera
os encuentró? Quien mandó *se levanta.*
tan horrorosa...

Plac. Suspendan
tus labios, la formacion
de palabras poco cuerdas.
El Rey lo ha mandado.

Leand. El Rey.... *Sorprendido de respeto.*

Plac. Quiso dar muerte....

Marq. Con esa
voz, á la verdad faltais.
Separar de la presencia
de mi hijo á Faustina para
siempre, quise. Y fue, quando ella
sacrificaba su misma
libertad : mas sin violencia.
¿Qué accion tan noble? Ella sola
es la que mas me atormenta

porque fué recompensada....

¿con qué? Con una vileza.

Leand. Ah, Padre!... Faustina es....

¿Mas vos así?

Plac. No se pierdan
los instantes. Conducidle.

El Sargento, y el Soldado llevan al Marques, Leandro corre, y se abraza con él.

Leand. Plácido, ¿qué es lo que intentas?

Plac. Cumplir el mandato Real.

Ros. Que ahora mi hermano no venga? *ap.*

Leand. Padre amado!... Yo, Señor,
llevaré vuestra cadena.

Plac. Leandro, aparta. Entrad. El Rey
en su Palácio te espera
separando á Leandro del Marques.
luego, luego. Libre estás.

Toma; ves : no te detengas;

ruégale que es tan piadoso....

*Se quita el sombrero, y espada, se los dá,
y Leandro se lo pone apresurado.*

Leand. Voy corriendo. A su clemencia
clamaré. Si, padre mio?

Vendré alegre.

Marq. Dios lo quiera. *con firmeza.*

A un mismo tiempo conducen al Marques á la puerta de la prision. Leandro corre á la principal, y sale por esta del mismo modo Faustino: poco despues el Conde y Aniceto. Leandro y Faustina se encuentran, y quedan sumamente sorprendidos.

Faust. Perdon, perdon... ¿Mas qué miro?

Leand. Cielos, ¿qué veo? ¿No es ella?

Temblando de gozo, mirándose tiernamente, y sin poder formar las voces.

Faust. Leandro....

Leand. Faustina mia....

Ros. Ah, que agradable sorpresa.

Leand. Yo... Vuelvo..., á verte!

Faust. Sí, pero...

me ves... como no pudieras....

imaginar nunca.

Leand. ¿Cómo?

Faust. En tus brazos.

Leand. Dulce prenda
de mi alma.

Faust. Soy tu esposa. /

Cond. El Rey lo quiere.

Marq. Mi afrenta *ap. con furia.*
es lo que se quiere en eso!

Leand. Mira á mi padre.

*Con ternura manifestando el sentimiento
que le causa su situación.*

Faust. Celebra
te repita, que el perdón
está logrado.

Cond. La excelsa
piedad de nuestro Monarca,
D. Plácido, quiere sea
el Marques del Roble puesto
en libertad.

Faust. La cadena
corre, y de rodillas le quita la cadena.
que arrastrais, Señor, yo misma
rendida á las plantas vuestras
os quitaré.

Marq. Te lo estimo. *Con sequedad.*

Cond. A Faustina debeis esta
gracia; Señor. Enterado
el Soberano de vuestra
accion temeraria; ayurado
con justa causa, decreta
que aquí os encierren, y ofrece
imponeros justa pena.

Faust. Entónces, con un impulso
de la mas dulce terneza,
de la mano así á mi padre;
las rodillas en la tierra
pusimos: los Reales pies
besamos veces diversas,
y con lágrimas bañamos.
Lo referí en medio de ellas
mis sucesos amorosos,
y enternecida vi á aquella
alma grande al escucharlos.
Pero oyendo mi postrera
determinacion: notando
la heroicidad que hay en ella,
de perder mi libertad
para siempre en una estrecha
clausura, porque mi amante
dicha, y libertad tuviera;
y enterado de la cruel
perseguidora fiereza
con que se pensó quitarme
la vida y honor; consuela
mis ansias: á levantarnos
vuelve: dexar satisfecha
su Real Justicia asegura.
Yo clamo: mi padre ruega:
Nota: gime: que la vida
del Marques nos interesa
mas que todo; le exponemos
con suspiros y ternezas:

contribuye el Señor Conde
con sus súplicas: se temple
el Real enojo: se inflama
de compasion, y clemencia
aquel magnánimo pecho;
y en fin, con palabras llenas
de inimitable bondad,
mi union con Leandro aprueba,
al Marques da libertad,
y á mi me mandó que fuera
conductora de tan fausta
feliz noticia, como esta.

Cond. ¿Qué decís, Señor Marques?

Marq. Que á mi alma la penetran
los sentimientos que saben
causar la munificencia,
y la bondad admirable
del gran Rey que nos gobierna.
Que Faustina ha procedido
con acciones, que me llenan
de rubor, considerando
mi ingrata correspondencia.
Que se case con mi hijo;
mas sin mi condescendencia.
Los timbres de mis pasados
no es justo que yo envilezca,
asistiendo á un matrimonio
tan desigual.

Cond. La Condesa
del Real Encuentro, que es gracia
con que el Soberano premia
á Faustina, concediendo
privilegio de nobleza
antigua á su padre, creo
es digna de que por vuestra
hija la admitais, Señor.

Marq. ¿Cómo? ¿Faustina es Condesa?

Cond. Del Real Encuentro. El del Rey
la dió el título.

Marq. Pues llega,
llega, hija mia, á mis brazos.
Aniceto, corre, estrecha
los tuyos entre los míos.
Ven, hijo: la orden observa
de nuestro Rey: dá la mano
á Faustina, que ya es ella
igual tuya: Señor Conde,
D. Plácido, Dama bella,
tenedme por vuestro esclavo.

Leand. Plácido mio, celebra
con tus brazos, mi fortuna.

Plac. No la miro como agena,
sino como propia, Leandro,
pues como tal me interesa.

Cond.

Cond. Vamos todos á mi casa,
porque yo y mi hermana, es fuerza
que seamos los padrinos
de esta union tan dulce y tierna.
Los bárbaros asesinos
despues tendrán la sentencia
en todo correspondiente
á su delito.

Faust. Y con esta
tan dichosa conclusion,
rogamos á la clemencia
de nuestro sabio auditorio
perdone de la Condesa
del Real Encuentro los yerros....
Todos. Y que un aplauso merezca.

FIN.

CON LICENCIA.

Barcelona : En la Oficina de JUAN FRANCISCO PIFERRER,
Impresor de S. M.; véndese en su librería administrada
por Juan Sellent.

